

LAS COMUNAS DE MEDELLÍN

“Los territorios, siempre diversos, en donde se dibujan geografías del conflicto y del delito”.
(Useche, Oscar:1999)

Es claro que la distribución del territorio ha hecho referencia a un ejercicio estatal, a un producto de la acción administrativa y jurídica que organiza y segrega el espacio. No ha sido comprendido como el espacio de la recordación de los sujetos que lo habitan, y menos, el espacio de la identidad, pues estos son productos de construcciones colectivas de memoria.

La descripción de los territorios en donde se localiza la acción de los actores sociales no es suficiente para comprender la dinámica violenta urbana y sus lógicas organizativas. Pero no por ello podemos soslayar dicha ubicación territorial.

Como ya reseñé, Medellín ha sido el producto histórico de los procesos migratorios de las décadas del 50 y 60's principalmente, en un modelo de urbanización que no vacilé en denominar de “tugurización de la ciudad” en la medida en que los migrantes hicieron crecer la malla urbana de manera irregular y en forma de un tejido trunco y desarticulado, hacia el nororiente y el noroccidente. Estos nuevos barrios tuguriales tuvieron, y han tenido, una larga historia de enfrentamientos con el Estado a fin de obtener los servicios y la legalización de los predios que llegaron a ocupar. Ello puede explicar los débiles lazos solidarios y de integración social con el conjunto urbano, aunque cada uno de los barrios posee su organicidad y memoria histórica¹. Finalmente, las ayudas a la autoconstrucción y la generación de servicios del Estado, en alguna medida incorporaron los tugurios a la vida urbana de Medellín, aunque no se perdió ese sentimiento de ilegitimidad de y frente al Estado.

Pero tenemos que precisar que las pobrezas de Medellín, pese a la presencia de los barrios periféricos, con sus evidentes problemas, no se encuentran asociadas a la calidad de la infraestructura –que es indudablemente una de las mejores de Colombia y de América Latina- y tampoco a los servicios urbanos, sino que está en relación directa con los bajos ingresos familiares.

Con una población actual cercana a 2.000.000 habitantes, se dividió, administrativamente, en área urbana y área rural y éstas conformadas por 249 barrios² divididos en 6 zonas³ y 16 comunas⁴, además de 5 corregimientos con sus respectivas veredas⁵.

¹ Muchas de estas memorias, que son realmente historias de lucha, han sido recogidas en 2 versiones del concurso “Historia de Mi Barrio” desarrolladas por la Administración Municipal.

² Barrio es la menor división territorial y administrativa del área urbana, con población de similar categoría socioeconómica y en donde predomina el uso residencial.

³ Zona es una división conformada por comunidades con diferentes categorías socioeconómicas.

⁴ La Comuna se refiere a 2 ó más barrios económicamente similares, con servicios colectivos y que pueden tener distintos usos del suelo.

⁵ Los corregimientos y veredas corresponden al área rural, pero poseen poblaciones inferiores a 20.000 habitantes.

El área Urbana comprendió las siguientes comunas:

La zona 1 ó Nororiental, compuesta por 4 comunas: (1) Popular, (2) Santa Cruz, (3) Manrique y (4) Aranjuez. Posee un total de 26 barrios, ubicados en los estratos socioeconómicos bajo y medio-bajo, aunque por supuesto, posee algunos barrios de invasión que hacen que allí se asiente predominantemente la población más pauperizada. Esta zona es la más densamente poblada de la ciudad, albergando a cerca de una cuarta parte de la población urbana total. Su población está vinculada esencialmente a la economía informal y casi cerca de la mitad de pobladores son personas menores de 30 años.

La zona 2 ó Noroccidental, dividida en 3 comunas: (5) Castilla, (6) Doce de Octubre y (7) Robledo. Tiene 73 barrios en los cuales predomina el estrato medio-bajo, y en menor medida, el estrato bajo. Fue asiento principal de los flujos campesinos de la década de los años 60's.

La zona 3 ó Centro-oriental, comprende 3 comunas: (8) Villa Hermosa, (9) Buenos Aires y (10) La Candelaria, que albergan 66 barrios. La mitad de sus pobladores se ubican en el estrato medio-bajo y una cuarta parte en el estrato bajo. También ha sido fuente de atracción, por su ubicación hacia las montañas del oriente antioqueño, de flujos de desplazados y de migrantes campesinos, desde las décadas de los años 70's y 80's, lo que indica que también posee pobladores del estrato bajo-bajo. Durante el último quinquenio del siglo XX, esta zona generaba cerca del 30 % de las muertes violentas de la ciudad, es decir 1 de cada 3 muertes violentas⁶.

La zona 4 ó Centro-occidental, Contiene 3 comunas: (11) Laureles, (12) La América y (13) San Javier. Comprende 55 barrios. Allí predomina el estrato socioeconómico medio (40.2% de los pobladores según informe de Planeación Metropolitana) y en menor escala el estrato medio-alto (27%). Su ubicación más hacia al Occidente y en relación con los megaproyectos regionales como el Túnel de Occidente, hace que sus barrios se hayan constituido en asiento de la mayor masa de desplazados⁷ y de migrantes campesinos del departamento, generando una situación conflictiva y de demandas sociales y económicas que se desbordaron al despuntar el año 2002, sobre todo en la comuna 13.

La zona 5 ó Suroriental, compuesta por 1 comuna, la (14) de El Poblado, asiento de los sectores más ricos de la ciudad, de los estratos medio-alto y alto, distribuidos en 20 barrios. Además es la zona menos poblada de la ciudad.

⁶ En el mismo período, la Comuna Nororiental producía, según DECYPOL, 1 de cada 4 muertes violentas de la ciudad y la Comuna Noroccidental, 1 de cada 5 muertes violentas.

⁷ Se estima que una población de 1.900.000 habitantes sufrieron el desplazamiento forzoso, hacia la ciudad de Medellín, durante el último quinquenio del siglo 20. Ello implica una serie de dificultades por su asimilación por un sistema urbano anacrónico. Medellín tiene 45 asentamientos de desplazados forzados, de los cuales el 40% está en las zonas Centrooccidental y Nororiental.

Y la zona 6 ó Suroccidental que comprende 2 comunas: (15) Guayabal y (16) Belén. Comprende 9 barrios ubicados predominantemente en los estratos medio-bajo y medio.

Y el área rural constituida por los corregimientos de Palmitas, San Cristóbal, Altavista, San Antonio de Prado y Santa Elena. Comprenden un total de 5 veredas.

Rápidamente el crecimiento urbano terminó por envolver y conurbar las zonas semiurbanas, las que quedaron integradas física y socialmente a la ciudad.

Para el habitante corriente de la ciudad, los conceptos de “zona y de comuna” son muy difusos y si se quiere esotéricos, se constituyen en divisiones administrativas que la comunidad no maneja, en tanto que la noción de barrio se convierte en concepto duro en las zonas de pobladores de ingresos medios y bajos –en los barrios de pobladores de altos ingresos, adquiere más vigencia, más corporeidad, la idea de urbanización que la del barrio mismo.

ANEXAR MAPA AQUI

PLANO N° 1: SECTORIZACION DE MEDELLÍN A 1992

FUENTE: Naranjo Gloria, 1992.

Es fácil comprender la situación explosiva en algunas zonas, pero podríamos afirmar que las condiciones estructurales de la ciudad, de desempleo y carencias de vivienda y servicios públicos básicos y sociales, afectan a cerca del 70 % de la población, la misma que esta ubicada en los estratos socioeconómicos más bajos.

Habría que agregarle, en la última década, el detonante del *desplazamiento forzoso*, producido por la presencia de actores armado en las áreas rurales. En esta forma el caldo de cultivo, para que germinara la violencia armada en muchos barrios, estaba servido.

Tengo que insistir en *el problema del desplazamiento*, pues ello ha sido en sí mismo una estrategia de guerra de los grupos armados de toda naturaleza: de un lado, se expulsa a quienes han vivido en estas zonas de guerra, bajo la acusación de ser colaboradores del adversario –sea guerrilla, paramilitar o militar- de otro lado, se les “invita” a formar parte de los grupos en contienda, convirtiendo el espacio en corredor militar, o simplemente y en su defecto, se les ordena abandonar el territorio⁸.

Desde los años 80’s los jóvenes de las comunas Nororiental y noroccidental organizados en “galladas o pandillas juveniles” se enfrascaron en cruentas luchas por el control territorial. Se habló de aproximadamente 150 bandas o

⁸ En la interpretación de los desplazados encontramos dos perspectivas: algunos los ven como víctimas del conflicto y por ello, sujetos de toda consideración y apoyo, asumiendo una actitud paternalista. Otros, los ven como parte de los actores en conflicto, es decir, que de alguna manera están comprometidos con alguno de los actores en conflicto y su develamiento les obligó a emigrar de sus tierras, por ello se les asume con temor y desconfianza.

pandillas y que reclutaron cerca de 3000 jóvenes. Posteriormente con el advenimiento del narcotráfico, muchos de estos jóvenes de las bandas se transformaron en los sicarios, es decir, asesinos y secuestradores profesionales al servicio de los capos del narcotráfico⁹. El narcotráfico se constituyó en la propuesta más atractiva en el mercado social de oportunidades para los jóvenes. Los “traquetos”, nombre con el cual se ha reconocido a los narcotraficantes, comenzaron a apoyarse en jóvenes decididos y aventureros de estos barrios populares para la distribución de sus mercancías o los utilizaban como “pistoleros” o sicarios para vengar afrentas, hacer cobros y ajustes de cuentas.

Desde todas las formas de urbanización popular, se toma conciencia de su exclusión y de que solamente a partir de la adscripción a algún actor armado que este dispuesto a garantizar el orden y la ley, se puede garantizar su permanencia en el territorio.

Las características generales de estas poblaciones de barrios, que denominaremos populares¹⁰, están signadas por la baja calidad de vida y se pueden sintetizar así: funciones productivas degradadas de bajos e inestables niveles de ingresos, altas tasas demográficas, subempleo, informalidad y desempleo abierto, carencia de capacidad de ahorro, bajo nivel educativo y de capacitación, así viven en medio de epidemias, plagas, diarreas y desnutrición. En tanto que sus características físicas son referidas a espacios de la precariedad: viviendas con materiales de desecho y estructuras poco estables, poca diferenciación de áreas funcionales, carencia de uno o más servicios públicos básicos y provisión ilegal de ellos, hacinamiento, dificultad de servicios sociales, educación, salud, seguridad, saneamiento y de servicios públicos de transporte, aseo, alcantarillado, teléfono, terrenos erosionados o inundables, calles antitécnicas y en mal estado, ausencia de zonas verdes, aceras y en general espacio públicos, etc.

Es decir, son las altas tasas de desocupación juvenil, la desarticulación familiar, la falta de educación, recreación y salud, la falta de oportunidades y de inserción en la economía urbana, especialmente para estos pobladores de los barrios populares y de los asentamientos de desplazados del campo, las que se convierten en las bases históricas del conflicto que ha marcado la historia de Medellín.

La presencia de los grupos milicianos, de paramilitares, de delincuencia organizada, de combos y bandas juveniles barriales y de la incursión represiva del aparato estatal son solo corolarios del detonante violento en estas fronteras invisibles.

La década de los 80's produce un cambio importante en la ciudad. El narcotráfico irrumpe con todo su vigor y arrasa principalmente con las redes

⁹ Estos sicarios desarrollaron culturalmente una forma muy particular de religiosidad, que Salazar (1990) denominó popular: hacían ofrendas en las iglesias y se encomendaban a la Virgen del Carmen o a San Judas o a otro santo, antes de cometer cada uno de sus crímenes.

¹⁰Desde la década de los 60's se les llamo eufemísticamente “barrios subnormales”, expresión que por supuesto contiene una fuerte carga semántica.

solidarias que se habían tejido en aquellos barrios de la periferia, presentando nuevas formas de vida, nuevos valores, nuevos canales de ascenso social, nuevas oportunidades¹¹, generando una especie de subcultura (Salazar y Jaramillo, 1992).

Los jóvenes, aunque muchos de ellos tenían ascendencia de migrantes campesino, ya son nacidos en el medio urbano. Ya no tiene el peso de la autoconstrucción de la vivienda y de la autourbanización barrial, pero si cargan el estigma de la pobreza, del desempleo y de la informalidad. Son sujetos sociales que no tienen referentes simbólicos importantes, muy pocas cosas le llegan a su mundo, ni la escuela, ni la Iglesia y menos la familia que se destruye en medio de los problemas y de la violencia interna. Para ellos, el grupo de pares (combo, pandilla) lo mismo que la música, la esquina y la calle son los espacios de socialización. Por ello, fueron presa fácil del narcotráfico.

Se produjo un acelerado desplazamiento de los lugares, espacios e instituciones tradicionales de los procesos de socialización, como la iglesia, la familia y la escuela, hacia otros más informales como los grupos de pares – barras, pandillas o combos y agrupaciones juveniles- como los grupos alternativos e ideológicos de izquierda, los grupos religiosos no católicos – sobre todo de tipo cristiano- etc.

La escuela, que antes era la institución en la cual se centraban las esperanzas de ascenso y movilidad social, en la situación de crisis económica aguda por la que pasa la ciudad, definitivamente pierde el atractivo para los jóvenes, y claro, el mundo del trabajo en lugar de ofrecer a este segmento poblacional opciones ocupacionales, le presenta solo un conjunto de barreras.

Tampoco la familia pudo proporcionar a los jóvenes un espacio primario de socialización. Los cambios de pareja, la inestabilidad del grupo familiar, las separaciones y las pérdidas de alguno de los padres, la adquisición de nuevos roles, el madresolterismo y el abandono de los hijos, conformaron un muy débil referente de socialización para los jóvenes y futuros jefes de hogar.

Por el contrario, la pandilla de pares proporciona al joven la valoración, la lealtad, la protección y el apoyo necesarios. La banda es su respuesta a la exclusión que padece y la forma de sentirse incluido.

Y ... la guerra se convirtió en la principal fuente de empleo disponible para estos jóvenes. De esta manera, los jóvenes habitantes de estos barrios populares se han convertido en los protagonistas del nuevo escenario violento barrial. Ellos son las víctimas y los victimarios por excelencia.

Estos muchachos desarrollan nuevas prácticas culturales ligadas a la imagen del macho, del valiente, del “duro” y así se gastan el dinero que les provee su

¹¹ Tal vez el valor más trascendente que es el respeto a la vida, se pierde con la presencia del narcotráfico y sobre todo con la puesta en marcha del aparato sicarial. Los jóvenes, en medio de una ciudad que no ofrece nada, carentes de oportunidades, encuentran que al colocarse al servicio de los capos, les genera prestigio barrial y dinero. La vida de “los otros” se convierte en una mercancía y el dinero y las armas en los medios de adquirirla, no importante que en el negocio se arriesgue la vida propia.

servicio al narcotráfico y otros delincuentes, en la vestimenta de moda, en las motocicletas de mayor cilindraje, en las “nenas”, en la bebida y el vicio de cocaína, marihuana y bazuco

El panorama es simple: a un lado de la vida barrial están las limitaciones de la pobreza, la exclusión y la discriminación y ellas se enfrentan con la resistencia y la violencia “defensiva”, así se provee cierta identidad; al otro lado de la misma vida barrial, está la criminalidad organizada y al alcance de la mano. Pedir y delinquir, se vuelven los verbos que mejor definen la “acción” de estos sujetos

Ya los barrios populares de las décadas del 60 y 70’s van quedando atrás en su configuración y vivencia, los lazos comunitarios y solidarios comienzan a erosionarse y decrecen con la consolidación barrial y ahora en los años 80’s y 90’s, la identidad compartida por las condiciones de pobreza cede a otros factores identitarios, nacidos alrededor de la violencia y de los grupos organizados armados: pandillaje y bandas se retroalimentan y definen nuevos tejidos sociales, en medio de las disputas territoriales de milicianos, paramilitares y organismos del Estado.

Cada grupo armado coloca su impronta sobre el territorio. Las marcas, por medio de graffitis, en cuanto muro y pared se encuentra en el barrio, define quien tiene el poder de la zona y a quien hay que recurrir para el simple tránsito de personas y de mercancías.

La violencia cotidiana se convierte en la respuesta a estas condiciones estructurales de miseria. Es la estrategia de supervivencia ante la no inserción en el mercado laboral y ante las carencias de servicios públicos y sociales básicos¹².

De hecho, “la guerra urbana se desarrolla en un territorio repleto de callecitas, pasadizos, callejones, cañadas, escalinatas y ranchos que forman un laberinto,” producto del libre asentamiento y sin control de pobladores venidos del campo y de muchos desplazados por la misma la guerra rural.

Con un panorama así, que se va tornando en dominante, era lógico que progresivamente nuestra ciudad perdiera esos vestigios de sentido de pertenencia –tan ligados, en nuestro medio, al mundo rural- y el entorno dejara de ser reconocido como propio, que el individuo fuera perdiendo el concepto de barrio y plaza, los mismos que se tornaron en simples usos sin valor, ni significación. Por supuesto, los sitios de encuentro y vida ciudadana –con excepción de la calle que adquiere vitalidad barrial- desaparecieron y fueron reemplazados por los Centros Comerciales con su espíritu consumista y mercantil, espacios pues cargados de otra significación menos simbólica.

Inherente a lo anterior, el concepto de comuna, nada connota como comunidad y, por el contrario, comienza a ser utilizado de manera estigmatizada para referirse a los pobladores “pobres y violentos” de la ciudad.

¹² Pero aclaremos que no toda violencia de este tipo, implica de suyo que su actor tiene que ser marginal o desempleado, etc. Es una “forma de procesar su exclusión” dice Hopenhayn.

En estos términos, las comunas se convierten en

“territorios siempre diversos en donde se dibujan geografías del conflicto y del delito ... (en donde se) avanza en el trazado de fronteras por grupos de habitantes que ven en ello la única manera de establecer referentes de identidad –estrategias de inclusión, diría Hopenhayn, aclaración fuera de texto- o de construcción de micropoderes: en fin, se generaliza la territorialización de la ciudad como oposición a la constitución de lugares para la enunciación de la vida, para la irrupción de acontecimientos de ciudadanía plena” (Useche: 6-9).